

Presentación



Las tareas auténticamente académicas —de investigación, de enseñanza y de difusión de la cultura— se autoimponen por naturaleza la revisión constante de sus programas y efectos, de sus métodos de indagación y mecanismos de comprobación, de sus logros y proyectos de empresas futuras. En realidad, este vasto proceso de examen corresponde a las características de la dinámica de renovación institucional que toda estructura social recibe y acoge dentro de los cánones y avatares de su desarrollo. En los meses más recientes se han agudizado los pruritos de revisión y autoanálisis, no sólo de las instituciones educativas mexicanas, sino de todo tipo de procesos comunitarios y sociales que obvia y espontáneamente involucran a sus integrantes, miembros y usuarios. Una razón básica concita a las comunidades institucionales a reconsiderar sus apoyos, sus aplicaciones, sus modos de acción: las constantes crisis de dimensión mundial y los asentamientos y cambios que sufren otrora inamovibles sistemas y principios, parecen propiciar una superenergía en dirección de los cambios y las renovaciones. Pero hay otra causa que parece impulsar de nueva cuenta, aunque con fines semejantes, a un autoexamen individual e institucional: el fin del milenio. En efecto, en atención del apoyo que nuestra cultura recibe de las mediciones cronológicas y de los sistemas de periodización, nuestra conciencia colectiva detecta un inesperado impulso para buscar las siempre necesarias vigorizaciones de nuestro ser social, para establecer conductos no frecuentados de comunicación, para perfeccionar y difundir aquellos sistemas de pensamiento y de acción que han probado su funcionalidad y, al mismo tiempo, preservado su vocación democrática. ♦

NATALIA HENRÍQUEZ LOMBARDO (1924-1998)

Hija del maestro Pedro Henríquez Ureña, *Natasha*, como la llamábamos con cariño, a los tres meses de edad viajó con sus padres a los Estados Unidos y posteriormente a Buenos Aires, Argentina, donde permaneció hasta los 18 años. Regresó a México junto con su hermana Sonia. Estudió filosofía y se dedicó a cuidar a sus tres hijos: Pablo, Pedro y Fernando. Colaboró en los periódicos *El Día* y *Excélsior* con materiales críticos sobre literatura y libros diversos. Vivió de manera muy cercana las revueltas juveniles anteriores al 68, compartiendo con su esposo Pablo González Casanova los problemas del ámbito universitario. En 1968 experimentó, a través de su hijo Pablo, la represión gubernamental a los estudiantes. Los problemas políticos y sociales le preocuparon intensamente. Fue participante activa de Alianza Cívica. En la lucha zapatista mantuvo una presencia continua. En últimas fechas, junto con un grupo de personas, no cejó hasta conseguir la donación de una tortilladora a una comunidad chiapaneca. Caracterizada por su sentido del humor, su inteligencia y elegancia, su sorprendente generosidad, colaboró en esta revista *Universidad de México* durante más de una década. Se interesaba por atraer a las páginas de la revista las más prestigiadas colaboraciones de la literatura y el saber mexicanos. Extrañaremos su don de gentes y su alegría de vivir. Falleció el 26 de julio de 1998.